

GENIO Y FIGURA DEL P. FLÓREZ.

NICOLÁS LÓPEZ MARTÍNEZ

El 21-7-2002 se cumplen trescientos años del nacimiento, en Villadiego, de Enrique Fernando Flórez Huidobro, que habría de ser gloria de la orden agustiniana y "figura máxima de la historiografía eclesiástica española de la que puede llamársele con razón padre y fundador" (1). Buena ocasión para reiterar el homenaje que merece por su ingente obra como teólogo, historiador, escritor ascético, numismático, naturalista, poeta, predicador, traductor y, sobre todo, como investigador incansable de la verdad documentada, expuesta con rigor, sencillez y mesura. Entre los *ilustrados* del s. XVIII, nadie como él dispuso tantas tinieblas y, sin alardes vanos, ofreció una obra tan sólida, que aún sigue siendo útil y, en ocasiones imprescindible, para cuantos deseen asomarse al campo inagotable de nuestro pasado.

Cupo al P. Flórez la fortuna de ser "profeta en su patria". Villadiego le agasajó, ya en vida, cada vez que vino a ver a los suyos; y le tributó un grandioso homenaje cuando en 1906, por iniciativa de otro sabio paisano suyo, D. Luciano Huidobro Serna, el Ayuntamiento le dedicó la calle en que está su casa natal y le erigió en la plaza un monumento con la magnífica estatua tallada por Aniceto Marinas. Presidió entonces la Junta pro monumento D. Marcelino Menéndez Pelayo y asistieron a su inauguración, el 17 de octubre de aquel año, personajes tan relevantes como el General de la Orden de Ermitaños de San Agustín; el de la Compañía de Jesús, P. Luis Martín;

(1) A. CUSTODIO VEGA, *Flórez, Enrique*, en GER, 10, Madrid 1972, 266.

el P. Fidel Fita en representación de la Academia de la Historia; autoridades civiles provinciales, representantes de diversas instituciones culturales y de la política en Burgos. A la brillante oración fúnebre, pronunciada por el agustino Fray Conrado Muiños en la iglesia parroquial de San Lorenzo y Santa María, se añadieron otros encomiásticos discursos (2). No se trataba de un homenaje pueblerino, sino de honrar la memoria ejemplar de un sabio, reconocido como tal en el mundo entero, cuya obra, aun siendo perfectible como todo lo humano, es cada día más valorada en su conjunto.

No pretendemos hoy repetir pomposamente aquel homenaje, sino desde la sencillez, tan grata al P. Flórez, evocarle una vez más como ejemplo de servidores de la verdad, en la difícil coyuntura de un relativismo histórico, en el que el magisterio de la historia se bastardea, con harta frecuencia, al supeditarlo a intereses mezquinos. Baste, por mi parte, espigar algunas pequeñeces que suelen pasarse por alto pero que quizá nos permitan entrever el talante modélico del gran historiador.

Contra lo que suele suceder con nuestros grandes hombres, y más si hacen profesión de católicos y actúan en consecuencia, el P. Flórez ha tenido "buena prensa". La tuvo ya en vida, sin duda porque los innumerables eruditos y estudiosos con quienes trató quedaron prendados no sólo de su sabiduría, sino también de su generosidad para comunicarla, de su humildad para escuchar y de su disposición para reconocer fallos y enmendarlos. La misma imagen de hombre amable y generoso nos dejaron sus colaboradores, que fueron muchos. Supo escogerlos bien: en sus viajes para contrastar datos en archivos y bibliotecas, por la mayor parte de España, procuró ganarse la confianza de los entendidos de cada lugar; todos quedaban encantados de su trato. Por ej., en el que hizo a Burgos (junio-julio 1769) no sólo aprovechó su vieja amistad con el arzobispo D. José Rodríguez de Arellano, así como la ventaja de su parentesco con el deán D. Alfonso Calderón de la Barca, para poder escudriñar documentos fundamentales del archivo de la Catedral, sino también la constante compañía del docto sacerdote D. Francisco García Delgado, quien le acompañó en sus desplazamientos a varias iglesias de la ciudad, al monasterio de las Huelgas, San Pedro de Cardeña, Santa María de las

(2) Una memoria de los actos puede verse en la revista *La ciudad de Dios* 71 (1906) 355-360

Viñas, San Pedro de Arlanza, Covarrubias, Santo Domingo de Silos, Lerma, Villafranca Montes de Oca, San Juan de Ortega, campo de Atapuerca, Santa Casilda y Sasamón, camino de Villadiego, donde descansó tres días junto a sus familiares, para volver a Madrid, pasando previamente por Palacios de Benaver. No viajaba como turista, sino como investigador; encargaba trabajo a copistas de fiar; en algunos casos, -gracias a la autorización del rey y del papa-, se llevaba a su celda madrileña originales que, una vez estudiados, devolvía puntualmente, como ocurrió con el becerro y la kalenda de la Catedral de Burgos. Era buen dibujante y, a veces, tomaba apuntes rápidos de los monumentos que visitaba. Para ganar tiempo mandaba a otros a recoger materiales de estudio; así, por ej., durante el mencionado viaje a tierras de Burgos, mandó a su secretario, el P. Méndez, a Villanueva de Puerta con el encargo de que le trajera unas ostras fosilizadas.

Sin embargo, nadie habría podido imaginar que aquel niño debilucho, por cuya vida temieron a poco de nacer, tanto que le administraron en su casa el llamado bautismo de socorro, dedicaría durante muchos años un promedio de diez horas diarias de trabajo intelectual intenso, además de atender a sus obligaciones como religioso ejemplar. Es más, en nuestro tiempo lo más probable es que ni siquiera hubiera existido, puesto que fue el undécimo hijo -aún vendría otro más- del matrimonio formado por D. Pedro José Flórez de Setién y D^a. Josefa Huidobro Puelles, que gozaban de más nobleza que de abundancia de bienes materiales, aunque sí de los suficientes para dar a sus hijos una sólida formación cristiana y una excelente educación, a pesar de que anduvieron, como quien dice, con la casa a costas, buena parte de su vida. Cuando Enrique aún no había cumplido cuatro años, la familia se trasladó a Zahara de los Algodonales, localidad para la que el Duque de Arcos nombró corregidor a D. Pedro Flórez el 20-4-1706; volvieron a Villadiego en 1709, hasta que, el 15-4-1713, el Duque de Alba nombró a D. Pedro corregidor del Barco de Avila, donde Enrique vivió otros cuatro años, entre los once y los quince de edad, aunque en 1716, con catorce, estudió súmulas en el próximo convento que los dominicos tenían en Piedrahita, lugar en el que, cuando Enrique estaba ya en los agustinos de Salamanca, fue D. Pedro corregidor; de Piedrahita iría D. Pedro con el mismo oficio a Osorno y de Osorno otra vez al Barco de Avila, desde donde se retiró definitivamente a su casa de Villadiego.

Gozó siempre el P. Flórez de una mala salud de hierro; o quizá sería más exacto decir que tuvo aspecto enfermizo. De hecho la única enfermedad sería que mencionan sus biógrafos fue una "fluxión de los ojos", tenaz y molesta, que, entre 1756 y 1758, le impidió leer durante una temporada. Otra enfermedad de la que hablan fue la que le llevó al sepulcro: *dolor de costado*, e. d., pulmonía, que los médicos intentaron atajar mediante una sangría. Hasta cuatro días antes de su muerte (5-5-1773), con sus 70 años largos de edad -que entonces eran muchos años-, mantuvo su ritmo habitual de trabajo, mientras preparaba un viaje a León, Astorga y el Bierzo. En aquel mismo año D. Manuel Salvador Carmona imprimió un grabado, depositado en la Academia de la Historia, con el retrato del P. Flórez. Responde a la semblanza que de él nos dejó su secretario: "El Maestro Flórez fue algo pequeño de cuerpo, aunque de estatura bastante regular, delgado en todo, pero proporcionado y perfecto; el color blanco, rostro menudo con nariz algo aguileña y frente espaciosa; el aspecto grave y modesto, ojos castaños, cejas grandes y arqueadas, cabello negro, sin faltarle uno, ni tener una cana. Mantuvo la dentadura casi entera hasta los sesenta años y al fin se le cayeron todos los dientes y muelas. Era de pocas carnes, todo espíritu; de complexión muy fría y tanto que con dificultad se encontrará semejante por lo extraordinario de las muchas mantas y ropa que echaba en la cama"(3). Es posible que fuera deficiente su circulación sanguínea periférica. Por eso no es de extrañar que hiciera todos sus viajes de estudio en los meses de verano.

Esta complexión, un tanto precaria, influyó a la hora de concretar su vocación religiosa. Empezó a verla clara durante su etapa de estudiante con los dominicos de Piedrahita. En principio pensó hacerse cartujo pero él mismo cayó en la cuenta de que no podría sobrellevar una vida tan dura. Después se orientó hacia los Mínimos de San Francisco de Paula y, vencida la oposición inicial de su familia, se dirigió a Salamanca, acompañado de su hermano Antonio Bernardino, -cinco años mayor que él, y que, más adelante, sería carmelita descalzo-, con el propósito de ingresar en los Mínimos; pero el fraile que los recibió los despachó con buenas palabras, al

(3) *Vida, escritos y viajes del Rvdmo. P. Maestro Fray Enrique Flórez*, Real Academia de la Historia, Madrid 1860, n. 141, p. 90. El P. Méndez había publicado la primera edición de esta obra en la Imprenta de D. Pedro Marín, Madrid 1780.

ver el aspecto enfermizo del pretendiente. Así es como vino a parar a los agustinos, de los que era prior un pariente suyo, Fray José Cosío, quién prometió aceptarle pronto, como sucedió, en la orden de San Agustín.

Fue providencial este paso, porque difícilmente habría podido encontrar en otra orden religiosa las facilidades que le dieron sus superiores agustinos para el desarrollo de sus preclaras cualidades intelectuales; primero durante su esmerada formación filosófica y teológica en Valladolid, Salamanca, Avila y Alcalá y, andando el tiempo, para que pudiera entregarse, con dedicación plena, a la investigación en el campo de la historia eclesiástica. La intensidad con que el P. Flórez se entregaba al estudio le llevaba al límite de sus fuerzas y, a veces, se veía obligado, al decir del P. Méndez, a “levantar la mano de su empresa por algún tiempo y tomarlo con más pausa y moderación. Para divertir el tiempo, pues su genio no le permitía estar ocioso, se dedicó a puntear la vihuela, con lo que aliviaba parte de la pena, y en este ejercicio se aficionó tanto que la tocaba con mucho primor” (4).

Los que le trataron de cerca apuntan su propensión colérica. El mismo lo confiesa en sus apuntes espirituales. Sin embargo, llegó a adquirir tal dominio de sí mismo que todos se hacen lenguas de la afabilidad de su trato, de la humildad y el sosiego con que encajaba las contradicciones y las críticas. Bien es verdad que fueron pocos y poco relevantes sus opositores. A veces, no tuvo más remedio que contestarles pero siempre lo hacía con gran respeto, sin herir, sin recurrir a la ironía, casi como quien pide perdón por el vigor de su argumentación. Tal sucedió, por ej., cuando el cura de Fruime (La Coruña) consideró como ofensa a Galicia el hecho de que el P. Flórez afirmara que el hereje Prisciliano había sido gallego. Flórez no le contestó en público: se limitó a calmar el enojo nacionalista del cura mediante una carta personal en la que acumulaba documentación probatoria y concluía que “en cosas antiguas hemos de resolver con documentos antiguos y no por autoridad extrínseca de modernos” (5).

Es curioso que la plena dedicación a los estudios históricos comenzara ya un poco tarde, cuando el P. Flórez frisaba los 40 años.

(4) *Ibid.*, p. 30-31

(5) Cf. texto en G. MARTÍNEZ CABELLO, *Biografía del Rvdmo. Maestro Fray Enrique Flórez*, Publicaciones de la Excma. Diputación Provincial de Burgos, Burgos 1973, n. 98, p. 116-118.

Su preparación humanística (media docena de lenguas), filosófica (doctorado), metodológica, patristica, litúrgica y ascético-mística, así como su afición a las antigüedades romanas, a la epigrafía y a la numismática, confluían en su magisterio teológico y en su predicación. De hecho, entre 1732 y 1738, publicó cinco volúmenes de teología, de impostación agustiniano-tomista. Pero mientras preparaba su obra *Clave historial*, publicada en 1743, cuya finalidad era buscar un buen respaldo histórico para sus estudios teológicos, quedó para siempre seducido por la historia. A partir de aquel año renunció a todos sus cargos académicos y de gobierno para entregarse al acopio frenético de materiales, en sus trabajos de biblioteconomía, de geografía histórica, de cronología, de numismática y de diplomática, con la mira puesta en la historia eclesiástica, y especialmente en la elaboración de su obra más conocida, la *España sagrada*, que planificó muy pronto, de la que publicó los primeros 27 tomos, más otros dos póstumos, y dejó copiosos materiales que aprovecharon los continuadores de la misma.

Esta y otras obras no habrían podido ver la luz pública sin la ayuda que le prestaron sus superiores, sobre todo al asignarle como copista y secretario con dedicación exclusiva a Fray Francisco Méndez, gracias al cual conocemos todo el devenir del P. Flórez desde el 2-11-1749 hasta su muerte. Movieron también los oportunos resortes para que el Rey le otorgara una saneada pensión y para que el Papa le concediera una serie de licencias y de privilegios que facilitaron su labor científica. De todo lo cual se aprovechó el P. Flórez exclusivamente para trabajar a gusto e ir formando en su convento madrileño de San Felipe el Real un magnífico museo de historia natural, un monetario riquísimo y una gran biblioteca en la que soñaba que pudieran investigar los continuadores de su obra. Fue, pues un estudioso afortunado, aunque su último deseo se cumplió por poco tiempo: las tropas napoleónicas saquearon años después el convento de San Felipe y dieron al traste con todo, incluidos sus numerosos apuntes y la inmensa colección de cartas sobre temas eruditos. Como ha sucedido tantas veces en nuestra historia, tuvo que rendir este penoso tributo, aunque fuera póstumo, a los que se autoproclamaban heraldos de la cultura moderna.

Mucho habría que añadir sobre la austeridad, el espíritu de oración, la dedicación a los demás y la metódica distribución del tiempo que se impuso rigurosamente el P. Flórez. Ahí estuvo, sin duda, el

secreto de su éxito, reconocido por academias nacionales y extranjeras. Renunció a toda suerte de honores y dignidades pero, aunque dicen que no hay hombre grande para su ayuda de cámara, no pudo evitar que el P. Méndez, testigo calificado de su sincera humildad y de la hondura de su fe, diera testimonio, como tantos otros que le trataron, de que fue un religioso modelo. Tampoco puede impedir que nosotros le rindamos hoy nuestro tributo de admiración y de gratitud.

MARTA MARTÍNEZ ARRÁIZ

1. INTRODUCCIÓN. LO LOCAL EN UN CONTEXTO GLOBAL

El territorio, objeto de análisis, diagnóstico e intervención para su ordenación, ha dejado de ser mero escenario y soporte de procesos socioeconómicos para convertirse en un recurso en sí mismo. De objeto pasivo a elemento activo, con capacidad de incidir abiertamente en dichos procesos y generar ventajas competitivas o marginalidad en el nuevo marco espacio-temporal introducido por la reciente revolución tecnológica. Estamos ante un nuevo contexto de relaciones espaciales y funcionales. Frente al espacio físico, continuo y jerarquizado en función de parámetros clásicos, como la concentración de poder económico y funciones, las áreas de influencia o la tiranía del factor distancia-tiempo, surge, en paralelo, el espacio abstracto de las redes; por contra, discontinuo y fragmentado. Una nueva dimensión espacial, que va a introducir un novedoso marco de referencia, resuelto en dos planos de realidad, pues lo abstracto de estas redes y flujos intangibles no es menos real que el propio espacio físico.

En este nuevo territorial, se establecen nuevas formas de desigualdad, que añaden complejidad a las anteriores. La dualidad clásica entre espacios centrales o emergentes y espacios marginales o deprimidos, que tenía su raíz urbana y en lo rural es más elemental manifestación, puede verse alterada, o al menos, muy enrarecida. Un nuevo tipo de relaciones de carácter horizontal, entre polos al mismo nivel, se perfilan como dominantes frente a las verticales;

En esta obra se ven claramente evidenciadas las tendencias que caracterizan a los autores de la época: el uso de la lengua castellana, la ausencia de los dialectos, la sencillez de los argumentos, la claridad de los conceptos, la falta de originalidad en los planteamientos, la ausencia de los recursos estilísticos y retóricos que se ven en las obras de los autores de la época anterior. En esta obra se ven también evidenciadas las tendencias que caracterizan a los autores de la época posterior: el uso de la lengua castellana, la ausencia de los dialectos, la sencillez de los argumentos, la claridad de los conceptos, la falta de originalidad en los planteamientos, la ausencia de los recursos estilísticos y retóricos que se ven en las obras de los autores de la época anterior.

Esta y otras obras no habrán podido salir a la luz pública sin la ayuda que le prestaron sus superiores. El Rey le designó como copista y secretario con diferentes sueldos. En 1517 Francisco Múñoz pasó al servicio real de don Pedro de Toledo, desde el 2 de mayo de 1517 hasta su muerte. Múñoz aprovechó las oportunidades que el Rey le dio para escribir y para que el Papa le designara como copista y secretario. En 1517 el Rey le designó como copista y secretario para trabajar en el convento de San Felipe de Toledo, un convento de los dominicos en el que se encontraba un manuscrito de la obra que se iba a publicar. Múñoz aprovechó las oportunidades que el Rey le dio para escribir y para que el Papa le designara como copista y secretario. En 1517 el Rey le designó como copista y secretario para trabajar en el convento de San Felipe de Toledo, un convento de los dominicos en el que se encontraba un manuscrito de la obra que se iba a publicar.

Esta y otras obras no habrán podido salir a la luz pública sin la ayuda que le prestaron sus superiores. El Rey le designó como copista y secretario con diferentes sueldos. En 1517 Francisco Múñoz pasó al servicio real de don Pedro de Toledo, desde el 2 de mayo de 1517 hasta su muerte. Múñoz aprovechó las oportunidades que el Rey le dio para escribir y para que el Papa le designara como copista y secretario. En 1517 el Rey le designó como copista y secretario para trabajar en el convento de San Felipe de Toledo, un convento de los dominicos en el que se encontraba un manuscrito de la obra que se iba a publicar.